

REVISTA CANTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Número 4.º—20 de Setiembre de 1877.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Florinda y D. Rodrigo, por D. Angel de los Rios y Rios.—*Dolores*, por D. Eusebio Sierra.—*Un recuerdo á mi país*, por D.^a Micaela de Silva y Collás.—*El campo en Asturias*, por D. A. Pidal y Mon.—*Ultima hoja*, por D. Amós de Escalante.—*De la atmósfera y sus efectos sobre la vida*, continuacion, por D. J. J. Zorrilla.—*Soneto*, por don M. Menéndez Pelayo.—*Lo pasado*, por D. Manuel Marañón.—*La princesa y el granuja*, por D. B. Perez Galdós.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

HISTORIA DE CIENCIAS E INDUSTRIAS CONTEMPORÁNEAS Y DE SUS ÚLTIMOS PROGRESOS.

CRONICON CIENTIFICO POPULAR,
REVISTA Y REPERTORIO PARA TODOS
POR DON EMILIO HUELIN.

BIENIO I.—Segunda edicion corregida y aumentada.

BIENIO II.—En dos tomos, con adiciones hasta fin de 1876, y copiosísima biografía científica.—Cada tomo se vende á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, franco y certificado, enviando el importe á la Administracion de la GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES, calle del Barco, 2, Madrid.

TIPOS TRASHUMANES.

CROQUIS A PLUMA

POR

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Se halla de venta al precio de 8 rs. en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, guantería de D. Juan Alonso y principales librerías.

Los pedidos de fuera se dirigirán á la Administracion de este periódico, y se servirán siempre que venga acompañado su importe con el aumento de 2 rs.

PÁGINAS SIN NOMBRE.
COLECCION DE POESÍAS
DE
RICARDO OLÁRAN.

Se ha repartido el primer cuaderno de esta publicacion, y á la mayor brevedad saldrá el segundo.

Cada cuaderno consta de 96 páginas en 8.º, y su precio es 2 reales.

Los pedidos se dirigirán al Administrador de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, calle del Arcillero, núm. 1, principal.

FARMACIA Y LABORATORIO QUÍMICO
DE
D. GILBERTO PELLON,
CALLE DE VELASCO.

FLORINDA Y D. RODRIGO.

AL EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA,

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

He recibido, mi respetable amigo y favorecedor, el lindo folleto *Don Rodrigo y La Cava*; temo extralimitarme, como en mis observaciones sobre el *Libro de Santoña* y en cuanto mi pluma emprende, segun pública y privadamente he confesado; pero, confiando en la bondad de V., voy á imitar, si puedo, su independencía crítica, ya que no pueda el culto y amenísimo estilo.

Tambien á mí me ha sucedido, aunque en sentido contrario, algo parecido al primer cuento de los que sirven de preliminares al de *la Cava*; y, en cuanto al segundo, me parece que cualquier persona razonable, menos el antojadizo millonario que V. nos pinta, creería en la fê de bautismo de la mujer de Alonso Cano, antes que en la enunciativa incidental y no pensada del Sr. Hartzembusch. Más diré, con ejemplo propio; que hasta en fêes de bautismo puede haber contradicción; pues hace doscientos años se llamaba mi quinto abuelo Juan de Mier, cuando no tenia necesidad de poner otros apellidos, y despues su hijo y todos sus descendientes nos apellidamos de los Rios, en virtud de sentencia ejecutoriada y por igual razon que el último D. Juan Nuñez de Lara, Señor de Lara y Vizcaya, se llamó así, aunque hijo y nieto de dos D. Fernando de la Cerda, y biznieto de D. Alfonso el Sabio.

No puedo menos de desconfiar, querido amigo y maestro, de nuestra insaciable lectura y más insaciable imaginacion. Cuando yo leí por primera vez el discurso de recepcion de V. en nuestra Academia de la Historia, quedé convencido de que la conjuracion contra Venecia, en tiempo del grande Osuna, fué un mytho; despues, la misma Academia me envió en el *Memorial histórico* la biografía de un *Duque de Estrada*; tan conocido mio, y toda su familia, como la mia propia, donde se declara él mismo complice y actor que debia ser muy principal, en la supresion de aquella inquisitorial república. Leí tambien el discurso acerca del Fuero de Avilés,

inclinándome, con V., á tenerle por falso; y hallé despues en análogas condiciones el de Melgar de Fernamental, el de Castrojeriz, y el del Valle de Gama publicado por Salazar de Castro, que he visto legalmente autorizado, y conforme, aunque en castellano, á una ley de ocho años antes dada en las Córtes de Nájera de 1138. Hallé en castellano, más moderno aún, el Ordenamiento de estas mismas Córtes, mezclado con las reformas que en él plugo hacer á D. Alfonso XI, cuando celebró las de Alcalá de 1348. En fin, tengo delante el Fuero general de Navarra, publicado últimamente por su Diputación provincial y Archiveros como el auténtico y tradicional que se viene guardando en el foro y en la Cámara de Comptos, y hallo que, titulándose Fuero de Sobrarve, está copiado hasta en las firmas del de Tudela; se dá por hecho prévia consulta con el Papa Aldebrando, (Hildebrando) lombardos y franceses, eligiéndose despues Rey á D. Pelayo; y dice que D. Rodrigo, hijo de Witiza (!), fué derrotado en el campo de Sangonera, entre Murcia y Lorca, (donde sabemos indudablemente que lo fué Theodomiro) y que yogó con la mujer, no con la hija, del conde D. Julian.

Hétenos, pues, en el campo del tercer *cuento*, segun V.: segun mi pobre criterio, historia, con algunas circunstancias erróneas, añadidas, ó exageradas.

Abandono por tales la del zancarron de Mahoma, y la casa fuerte, cueva, ó palacio de Toledo en que cuentan halló don Rodrigo, en vez de los tesoros que buscaba, árabes pintados, como por ellos solos. Pero lo demás que V. nos dice, con referencia al egipcio Abderrahman ben-Abdel Háquem, escritor del siglo IX, sobre la traicion del conde D. Julian y su motivo, lo hallo conforme con otras muchas relaciones árabes que cita nuestro malogrado compañero y discípulo de V. Lafuente Alcántara, en su traduccion de la Crónica *Ajbar Majmua*; con la relacion circunstanciada del Monge de Silos, en el siglo XI; y hasta con la más lacónica del Obispo D. Sebastian, á nombre de D. Alfonso el Magno: estos dos contemporáneos del egipcio antedicho, y que recogieron las tradiciones de los viejos y de sus antecesores, algunos de los cuales, como D. Alfonso *el Casto*, casi pudieron conocer actores en la pérdida de España.

V. mismo nos dice, y en ello dice bastante, que Isa ben-Ahmed Ar-Razi, á quien conocemos por *El moro Rasis*, al retocar y adicionar la Historia de España escrita por su padre, no solo añadió lo fantástico y novelesco del egipcio ben-Abdel Háquem «sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza.» Y quien no respetó la obra de su padre ¿respetaría más la fama póstuma de D. Ro-

J. J. J.

drigo y su infeliz víctima? Hasta el adusto P. Mariana acepta —probablemente por lo que tiene de comun con la historia de David y Bersabé— la version de un romance que dá por causa inmediata de la amorosa fechoría haberse entretenido Rodrigo en acechar, Florinda y sus compañeras, creyéndose solas, en medir, cuál tenia más.... necesidad de ligas largas.

Vamos, pues, conformes en que la materia era placiente á musulmes, que no aguardan mejor paraíso, y agradaría especialmente á otro historiador árabe que se decia *Ebu Al-kotliya*, esto es: *hijo de la Goda*; suponiendo ser descendiente de una hija única de *Olmundo*, primogénito de Witiza; y dando por fianza mil aldeas justas, que cuenta se dieron por premio de la traicion al tal abuelo, así como á sus hermanos *Rómulo* y *Ardabasto*. Esto sí que parece *cuento* del interesado; por lo menos ningún historiador cristiano dá tales nombres á los hijos de Witiza. El monge de Silos le dá dos, y á D. Oppas que únicamente nombra á D. Sebastian y fué hermano. La crónica Ajbar Majmua nombra solamente dos: *Obba* y *Sisberto*. En fin, todos los adobos arabescos, hasta los de Al-Mackari, escritor del siglo XVII. no quitan, aunque ofusquen, la sustancia del hecho. Al crítico toca separar la hojarasca.

«Nuestros cronicones latino-hispanos», continúa V. hablando ya por su cuenta «dictados por obispos y sacerdotes, conserváronse por fortuna limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110, y no cayeron en la tentacion de falsificar al último godo.» (D. Rodrigo.) Suscribo, no teniendo por fábulas, ni mentiras, errores ó exageraciones, y supongo que ajusta V. tanto las fechas porque hacia la última empezó la anarquía del reinado de Doña Urraca, y empezaria el obispo D. Pelayo de Oviedo á injertar en esos cronicones lo que le placia y á su sede convenia, segun está averiguado, y, segun yo creo, por envidia de D. Diego Gelmirez, que iba sublimando por no mejores medios su sede compostelana. Pero, conforme con las premisas, no puede estarlo con la consecuencia de que el Monge de Silos tomó la conseja de D. Rodrigo y la Cava de las historias escritas desde 850 por los muladíes y árabes españoles; ni, menos, con que estas fuesen «leidas con avidez, lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalon y Arlanza.» Pase por las primeras, pero del Duero acá ¿cómo? ¿En árabe? Aun hoy lo estudian muy pocos cristianos. ¿En traduccion latina, castellana, ó aunque fuera bable? Ni la encuentro, ni hubiera dejado de aprovecharse para los cronicones de D. Sebastian, Emilianense y Albendense, todos posteriores á 850. Pero su contexto demuestra, por el contrario, que no tenían noticia, ni aun del cronicon de Isidoro Pacen-

se, aunque escrito en la misma lengua y por un obispo de la misma religion; así como este parece no tuvo noticia de la existencia y hechos de D. Pelayo, aunque yo más creo se vió precisado á callarlos. Por otra parte, si el Monge de Silos escribió finalizando el siglo XI, está comprendido su cronicon en los que V. cree limpios hasta 1110; y con eso, y sin eso, me parece muy aventurado decir que, para dar sitio á la conseja de D. Rodrigo y la Cava, «le fué necesario descoyuntar la cronología y regalar tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis ó siete meses que hubo de empuñar el cetro.»

Semejante asercion exigia más pruebas que la notifi donde se atribuye el mismo error al Monge de Albelda, «que escribía en 883». Quien acabó de escribir en 883 fué el autor del cronicon Emilianense, que algunos creen fué Dulcidio, obispo de Salamanca, sucesor, aunque no inmediato, de Sebastian; su discípulo y ayudante, acaso, en la tarea de continuar la historia de los Reyes godos y asturianos. El Albeldense, ó sea el Monge de Albelda Vigila, copió del cronicon Emilianense, añadiendo hasta el año 976 que acabó de escribir. Ambos dan á Rodrigo tres años de reinado; y, si el Monge de Silos empezó á contarlos desde 709, también puso en el mismo año la derrota del Guadalete; de modo que van acordados los tres con el Pacense y con V. en el punto de partida, aunque alguno calculase mal los años trascurridos desde la invasion, como los que la ponen en 714. Todos estos errores y otros muchos debieron nacer de la diferencia entre el año árabe, ó de la Ejira, y el verdadero, que hasta muy más recientes é ilustrados tiempos no se ha podido concordar.

Es verdad que el Pacense, autor contemporáneo de la invasion, solamente dá un año de reinado á D. Rodrigo; pero esta es la verdad respecto á *Pax Julia*, ó Beja, donde este su obispo escribía (1) y á mucha parte de la sometida España; no para los cristianos que seguían resistiendo, ni para sus antiguos cronistas. Ninguno de estos, ni aun el Pacense, afirman que Rodrigo muriera en la batalla del Guadalete, como se halla en una *enmienda* de Mariana al continuador del Biclarense. La más antigua relacion de los árabes, conforme con la de D. Sebastian, Emilianense y Albeldense dice no saberse qué fué de él, ó cómo murió; solo añade que se hallaron restos del regio traje por haber caído con el caballo en un lodazal (2). El mismo Pacense nos asegura que conti-

(1) Estando Muza en el sitio de Mérida, se le rebeló Sevilla, concurriendo otras rebeldes de Beja y Niebla, que tambien habria sujetado antes. *Ajbar Majmua*, p. 90.

(2) *Ajbar Majmua*, traduccion de Lafuente Alcántara, p. 22. Escusado es hacer caso de otras traducciones donde se dice mató Dios á Rodrigo y todos sus compañeros.

nuó, no solamente la guerra extranjera, sino la civil; los árabes nos refieren que Muza encontró gran resistencia en Mérida y no la entró hasta Junio de 713 *por capitulación*; nada inverosímil es, por tanto, que Rodrigo mandase allí, cuando el Silense dice que siguió guerreando contra Muza, y V. mismo halla indicios de que la familia y amigos de Rodrigo fueran lusitanos. Así seguiría combatiendo en retirada hacia Galicia, hasta morir con las armas en la mano, como expresamente dice el Monge de Silos, y probablemente en las inmediaciones de Viseo, donde halló su sepulcro el obispo D. Sebastian. Aceptando, pues, las exactísimas pruebas con que V. fija el principio del reinado de Rodrigo entre Enero y Julio de 711, (por supuesto más cerca del primer mes) repito que el fin no fué en la batalla del 26 de Julio, sino despues de Junio de 713, corriendo ya el tercer año desde la proclamación, y siendo aun *Rey de los godos* en Viseo, como declara su epitafio; que no más ancho era el reino de Pelayo en Covadonga.

Pero vamos *al hecho*, segun decia incesantemente cierto Presidente de Sala á los abogados que divagaban. Otro magistrado, gran fisiólogo, ha hecho proverbial la frase: *¿quién es ella?*, donde buscaba el hilo de toda causa criminal. ¡Y quiere V. negarnos la verosimilitud del agravio de Florinda y de la venganza de su padre en el siglo..... ¿qué digo en el siglo? en la media docena de años que mediaron entre Witiza, soltando todos los diques al apetito carnal, y Abdalasis, cayendo bajo el puñal de sus mismos parientes, por inclinarse á la viuda de Rodrigo mucho menos criminalmente que este á la hija de Julian! El pundonor español de todas épocas protesta contra la traición solo por aficiones traideras, y dice con la musa popular:

«No se extrañen los que oyeren
alguna cosa indebida,
que Rey tirano y aleve
vasallos traidores cria.»

Omito los manoseados ejemplares de Lucrecias y Virginnias, teniendo el de nuestra Doña María Coronel y su más frágil hermana, que no tuvieron padre para vengarlas, porque no esperó á sufrir tanto. Presciado de los más abundantes casos como el que refiere el Pacense del emperador Heraclio, acometiendolo á serlo por amor de su prometida Flavia, que el antecesor Focas le llevó de Africa, y no sé si algo más. Otro hecho contemporáneo y muy curioso hubiera V. podido hallar en esos mismos autores árabes que nos cita, y me ha hecho recordar el que atribuye la crónica rimada de Castilla

y del Cid á cierto arcipreste y la infanta de Navarra D.^a Sancha. Cuenta Al-Hichari (1) que cuando Muqueit, uno de los tenientes de Tarik, se apoderó de Córdoba, haciendo prisionero al rey ó gobernador y su familia, notó que una muchacha, la más sobresaliente en hermosura, la ostentaba ante el vencedor demasadamente. Puesta en prision y amenazada, confesó que habia intentado enamorarle y tenia preparado un lienzo envenenado para cuando lo hubiese conseguido. Entonces Muqueit dijo: «Si el alma de esta muchacha estuviera en el pecho de su padre no hubiera yo conquistado á Córdoba en una noche.»

Hé aquí otra prueba, tambien, de la corrupcion de costumbres que reinaba entre los godos. Sin embargo, y aunque tantos testimonios históricos la atribuyan principalmente á Witiza, el Pacense solo dice que *aunque petulante* fué clementísimo, y no disimula ser de su partido en la contienda civil. Don Sebastian, aunque tambien obispo, escribiendo cuando ya estaba derogada la soltura, (que parece no llevaron muy á mal otros eclesiásticos) declama enérgicamente contra ella; aplica á Witiza las palabras del salmo: «*sicut equus et mulus quibus non est intellectus*,» y dice que, despues de tener muchas mujeres y concubinas, mandó tener mujeres á los obispos, presbíteros y diáconos; cuya maldad fué causa de la pérdida de España, porque los Reyes y sacerdotes abandonaron la ley de Dios. Y si todo esto comprendió el Pacense en las palabras «*quamquam petulanter, clementissimus*,» etc. ¿qué deberemos entender de lo que dice despues D. Sebastian, de Rodrigo: «*huic sceleri finem non imposuit, SED MAGIS Ampliavit!*» Paréceme que, despues de tener el Rey Witiza cuantas mujeres y concubinas quisiera, no podia llegar á más el sucesor, sino teniendo aun *las que no quisieran*: que es precisamente el caso de Florinda, (ó como quier que ella se llamase) referido con más claridad por el Monge de Silos y los historiadores árabes.

Réstanos el ajuste de fechas, que es cuestion muy secundaria respecto á la esencia de los hechos. Juzga V. por la combinacion de algunas, señaladas por los escritores árabes, que, caso de haber tal ultraje, el autor no fué D. Rodrigo, sino Witiza. Pero si esos mismos autores lo atribuyen á Rodrigo, y en ello convienen los cronicones cristianos, ¿dónde se debe creer la equivocacion sino donde otras muchas abundan, y en lo que pende de un número mal trazado, de un copiante distraído? Quédese á los Pellicer y demás secuaces de su escuela, por no decir de sus pasiones provinciales, dar más

(1) *Ajbar Majma*. Apéndicas, p. 195.

valor al silencio (ya explicado) del Pacense, y al solo nombre de *Iuceph* escrito en el cronicon Emilianense y copiado en el Albendense, que á muchos nombres, fechas y hechos que de D. Pelayo, su hijo y yerno refieren los mismos cronicones, mientras caben naturalmente las generaciones desde 718 á 754; quédese por lo que es, por terquedad envidiosa, empeñarse en que solo despues de esta última fecha (y de los Garci Ximenez, etc.) pudieron existir y reinar. Esos mismos autores árabes que ustedes, los que estaban en mejor situacion para entenderlos, nos han dado á conocer, dan el último golpe al necio sistema, refiriendo cómo en el emirato de Okba ben-Al Hachah (734 á 739) había ya un rey cristiano llamado Belay, que fué perseguido hasta sus últimos atrincheramientos de Asturias, sin duda por tener muy probada su inflexibilidad anteriormente. Segun otros, la rebellion ostensible, es decir, cuando ya daba cuidado, fué en tiempo de Ambeza; (721 á 725) y segun Al-Makari, se fugó de Córdoba Pelayo en 717 (1). ¿Habrà cosa más natural que empezar al año siguiente el reinado en la célebre cueva?

«Digamos del conde Julian.» Pero no repitiendo consejos, sin correctivo, cuando tratamos de aclarar una crisis célebre y de inmensas consecuencias en nuestra historia. Dice V. que el Pacense le llama nobilísimo, lo cual equivale á visigodo, sin que obste el nombre romano que lleva. Por estas señas, y el número 40 á que se refieren, deduzco que es de la edición de Florez en la *España Sagrada*; y que donde se imprimió *Urbani* lee V. *Juliani*. No veo dificultad en que este fuese el padre de *la Cava*; ni aun de que esta mereciese tal nombre de los moros por haber sido efectivamente *mala mujer* de Rodrigo, que la tenia legítima. Pero tambien es posible hubiese un *Urbano* de las cualidades que se le atribuyen, y se diese á Florinda ese mal nombre por haber suscitado la venganza de su padre y la pérdida de España. Para todo quisiera el apoyo de algun códice, ó la expresion terminante de otros fundamentos que no veo.

Lo que veo es que, despues de referir la gallarda defensa de Ceuta por D. Julian, dice V. que «el conde Julian echa sus cuentas y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando.... é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma.» Voy á ver los textos árabes con que V. autoriza esto, y hallo que los dos más antiguos Ben-Ab-del-Háquem y la crónica *Ajbar Majmua*, refieren inmediatamente antes la muerte de Witiza, el entronizamiento de Rodrigo y su desa-

(1) *Ajbar Majmua*, Apéndices, p. 230.

guisado con Florinda; poniendo por consecuencia de este la traicion de Julian. En fin, voy á ver las fechas, y hallo que ben-Abdel-Háquem la pone exacta, en la Egira 92, (710 á 711 de Jesucristo) y *Ajbar Majmua* en la Egira 90, cuando ni habia muerto Witiza, ni habia sucedido todo lo demás. Y vuelvo á preguntar ¿es recta crítica preferir la fecha sola al texto del mismo autor, y á otro autor que lo refiere igualmente con la fecha exacta; ni sacar por consecuencia que el forzamiento, si le hubo, fué hecho por Witiza; y que los traidores lo son por temperamento, por miedo cobarde, ó por algunas miserables conveniencias? Eso podrá ser en nuestros tiempos, y aun no tanto en la España de Bailen y Zaragoza, que hasta cuando se *pronuncia* prefiere la destruccion al saqueo, salvo contadas escepciones. Paréceme que los recuerdos de alguna de estas han oscurecido el claro espejo crítico que todos nos complacemos en consultar y aplaudir ordinariamente.

¡Los autores árabes! Si se quiere otra prueba de lo que puede fiarse en su escrupulosidad sobre fechas ó circunstancias accesorias, el mismo ben-Abdel Háquem dice, con referencia á unos, que Muza se presentó despues de la victoria al califa Walid, segun otros, al sucesor Suleiman; pero todos convienen, y el Pacense con ellos, en que entonces fué cuando se decidió la disputa entre Tarik y Muza sobre la célebre mesa (ara probablemente) de oro y piedras preciosas, que ambos sostenian haber ganado; sentenciándose á favor de Tarik por la treta de guardarse uno de los piés, y siendo condenado Muza á una multa exorbitante.

Concluyo, mi querido protector y amigo, aceptando la premisa final de V. y sometiendo al juicio del público las consecuencias que respectivamente sacamos. «Bien podríamos sin recelo de equivocarnos suponer que no fueron agravios sino beneficios los que Julian recibió de Witiza.» Ciertamente, y su cargo de Conde ó Gobernador de Ceuta lo declara, confir-mándolo la defensa obstinada que de aquella plaza hizo, hasta que repentinamente se convirtió en traidor; y no traidor, que se retirase á gozar un precio vil, sino enemigo tenaz que no se sació sino con la ruina de la misma patria que defendiera. Buscamos la clave y..... «¿Dónde hay mayor agravio que el beneficio para un corazon perverso?» pregunta V. La ingratitud del Soberano para un corazon noble y patriota, respondo yo; la deshonra para un padre, dirá cualquiera y dice la Historia. Pero, dejándonos de razonamientos fisiológicos, el sencillo y vulgar sentido comun deducirá que, habiéndose levantado Rodrigo contra Witiza, debia estar propenso á cumplir su gusto, al par que deshon-

rar á uno de los Capitanes contrarios, más bien que éste á rebelarse contra un bienhechor, á quien habia dado pruebas de agradecimiento.

«¿Qué más querrían los desleales y ambiciosos de todos los siglos y naciones, que tener para su disculpa una Florinda?» esclama V.; y yo añado: ¿Qué más querrían los Tarquinos, Apios, Teudiselos y Borgias, por no decir los más recientes y peligrosos ejemplos que notamos cada dia en todas las esferas, sino que se tomaran en sério los epigramas del Cura Iglesias sobre los maridos pacientes, y la burlesca apología de Neron por Quevedo?:

«Dicen que forzó doncellas:
mas de ningún modo creo
que él encontró con alguna,
ni que ellas le resistieron.»

Lejos, muy lejos de nosotros, como V. propone, que seamos escépticos en Historia, ni en nada, sino cautos, ya que el hombre es mentiroso de suyo, como veinte y nueve siglos hace lo dijo el Rey Profeta. Pero, aún más que mentiroso y que ambicioso, es el hombre, desde Adán y Eva, lo otro de que el mismo David y su familia nos dejaron ejemplos harto más inverosímiles y escandalosos que el de D. Rodrigo y Florinda.

En cuanto á la inscripcion del convento de S. Diego que V. nos reproduce, buena era, y más fácil de practicar para los que no tenian que ganar el pan nuestro de cada dia, sufriendo y aun adulando preocupaciones. Yo tambien hallé análogos consejos, de uso más general, en un convento, al tener el honor de arreglar su dispersa biblioteca, y en uno de los ejemplares más antiguos del *Confesional* de Gerónimo Savonarola. Dice así el célebre dominico, de las *Caras* de todas épocas, que las más empiezan como Florinda:

Proprietates malæ mulieris.

<i>Canit, saltat coram Rege;</i>	<i>Primus lapis fundamenti,</i>
<i>Placet cunctis, dira lege.</i>	<i>Petrus, clamat voce flenti:</i>
<i>Homo: tace, fuge, lege,</i>	<i>Mihi crédite lugenti,</i>
<i>Recédite.</i>	<i>Recédite. (1)</i>
<i>Dicat terra, clamet cœlum,</i>	<i>Viros probos sanctitate</i>
<i>Hæc est inimici telum.</i>	<i>Hæc decepit, hanc fugate,</i>
<i>Omnes ergo dicant verum:</i>	<i>Omnes ergo vos clamate.</i>
<i>Recédite.</i>	<i>Recédite.</i>

(1) Además, Savonarola escribía en tiempo de Alejandro VI y de tal modo escribió y habló, que le quemaron por ende; unos dicen con razon, otros que sin ella. Jesucristo más perdono.

Esto dijo Savonarola; sin embargo, la naturaleza humana dice (y es más seguida) lo contrario. Otros dirán que tanto bueno, y más, puede hacer la mujer... buena. Por mi parte, atribuyéndolas lo mejor y peor que haya hecho en este mundo, desde hace más de medio siglo, no habia de variar hoy de opinion.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

DOLORA.

Moria, triste, de amor,
y me dijo la esperiencia:
Huye, que será la ausencia
un bálsamo á tu dolor:
huí; el consejo traidor
me apartó de tí al momento;
y hoy es mayor mi tormento
y mayor mi desvarío,
porque no puedo, ángel mio,
huir de mi pensamiento.

EUSEBIO SIERRA.

UN RECUERDO A MI PAIS.

Noble, insigne patria mia,
permite que desde lejos
amorosa te salude
con rendido acatamiento.

Niña dejé tu regazo,
pero en el vago recuerdo
de mis años infantiles
viva tu imagen conservo.

Guardo esa dulce memoria
con tal encarecimiento,
que siempre al ver las montañas
lágrimas sentidas vierto;
es que recuerdo la patria;
la patria! ¡nombre halagüeño!
nombre que invocamos todos
con irresistible afecto.

Ama el salvaje africano,
ama el tosco samoyedo,
la tierra que llaman patria,
y es triste y árido yermo.

Y yo que nací en Asturias;
en aquel bendito suelo,
gloria y prez de nuestra España;
cuna de su vasto imperio;
sepulcro de los infieles;
foco de noble ardimiento;
silla de ilustres varones;
solar de tantos ingenios!
¿podré negar á la mia
el justo y debido feudo
de admiracion y cariño,
de gratitud y respeto?

¿Podré olvidar su memoria
cuando tal honor la debo?
Haber nacido asturiana
es mi título mas bello!

Si de tu admirable historia
las bellas páginas leo,

mi pecho ardoroso late;
orgullo en el alma siento.

No eres de Cartago y Roma
rival en atrevimiento.....
Tus laureres no adquiriste
usurpando el bien ageno....

No eres como Australia, rica
en oro, ni allá en tu suelo
brotan las hermosas vides
de Siracusa y Falerno.

Pobre serás, patria mía
yo sé que no hay en tus pueblos
ni la opulencia de Tiro,
ni de Grecia los liceos;
pero tan rica en hazañas,
tán honrada en sentimientos,
tan fecunda en nobles hijos,
no hay otra en el Universo!

Libertad y honor España
debe á tus heróicos hechos;
por tí su bandera insigne
tremóla en dos hemisferios.

De las africanas huestes
firme al embate soberbio,
supiste guardar tú sola
el trono de Recaredo.

¡Ay del osado muslime
que invadir quiso el terreno,
solar de nuestros mayores,
en el halló su escarmiento!....

Allí de la media luna
el estandarte guerrero
lograron hollar los tuyos
con arrogante desprecio.

El fuego de su amor patrio
propagándose á lo lejos
vivificó á los rendidos
y anonadó á los protervos.

Pirámides eternas
son tus encumbrados cerros:
cada pico es un baluarte,
cada piedra un mausoleo!

Fueron tus cóncavas grutas
asilo de caballeros,
cuyo nombre guarda España,
y respeta el mundo entero.....

¡Pelayo! ¡Insigne caudillo!

tú, cuyo panteon egregio
es la inmortal Covadonga,
santuario rico en trofeos;
tú, cuya espada bendijo
la Emperatriz de los Cielos,
y el rayo fué que deshizo
al ejército agareno;
atlante que sostuviste,
sobre tus hombros de hierro,
de la goda Monarquía
el yá vacilante peso.

Extirpe de noble raza,
vástago del tronco regio,
asombro de las edades
y de los héroes ejemplo;
para ensalzar tu memoria
ven á infundirme tu aliento.

Mas no... que para un Aquiles
se necesita un Homero.

¿Y yo quién soy? ¿Por ventura
es dado á mi débil estro
alzar con épica trompa
himnos imperecederos?

¡Ah! no en verdad! ¿Mas qué importa
que mis débiles acentos
se apaguen como el suspiro
de un tierno y lánguido pecho?

Sobrado laurel te ciñe....
yo conseguirle no puedo....
pero el humilde tributo
de mi admiracion te ofrezco.

Y tú, hermosa patria mia,
de tus hijos predilectos
guarda el nombre y la memoria...
yo tal favor no merezco....

Pero benigna conmigo,
acepta mi rendimiento,
que no rechaza una madre
al hijo por ser pequeño....

Así el cielo te bendiga,
y de tu fecundo seno
salgan otros que den gloria
á los siglos venideros.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

IV.

Cuadro verdaderamente encantador es el que, como vemos, presenta este país privilegiado; pero aféalo en parte ya ese enemigo de la inocencia, de la sencillez y de las bellezas silvestres, engalanado por nuestro orgullo con el mentido nombre de *civilización*.

La larga carretera labrada en la falda de las montañas de los puertos á fuerza de hierro y oro, hasta el punto de preguntar Cárlos IV «si estaba empedrada de plata,» abrió una nueva y más cómoda comunicacion á las ideas y costumbres del resto de España que la que hasta entonces tenían con las vecinas provincias de Galicia y de Santander por el camino que, aunque bautizado con el pomposo nombre de *Real* en nuestras *Cartas topográficas*, obligó á exclamar á un viajero francés (1) «que no se podía dar idea de los peligros de este camino, colgado en partes sobre el mar, á menudo en medio de altas montañas y gargantas estrechas ó entre espesos y sombríos bosques, teniendo que atravesar treinta y seis ríos, y de éstos solo seis sobre puentes, nueve en barcas y el resto á caballo.» Pero hoy ya la negra locomotora atruena con los prolongados silbidos de las válvulas de sus calderas los ecos de los valles, anunciando que la *civilización*, con todo su cortejo de miserias, crímenes y deformidades, ha hecho irrupcion en las comarcas asturianas.

Así lo atestiguaís tristemente vosotros, hermosos valles de Mieres y Langreo, con vuestros altos hornos encendidos y con la sorda trepidacion de las máquinas de vuestros talleres. El negro carbon, arrancado del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros, cubre de espesa nube de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros manantiales de vuestras fuentes. Montañas de sucia esco-

(1) Alejandro de Laborde, V. á E.

ria interrumpen el curso de vuestros rios, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha y el plateado salmon y la ondulante lamprea; el hacha del minero tala incesante vuestros poblados bosques, para sostener, con sus desnudos troncos, que antes se alzaban gallardos á las nubes, las subterráneas galerías de vuestras minas; vuestros honrados moradores, joviales, sanos, limpios y robustos, parecen hoy espectros ó demonios cuando, tiznados los rostros y las manos, con el hacha ó el pico en la cintura y la agonizante linterna en la montera, salen, como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra para consumir el precio de su salud y de su trabajo en el innoble seno de algun *chigre*, donde la blasfemia entrándose por los oídos, toma carta de naturaleza en los lábios; y donde, perdido el cariño y respeto á toda creencia, á toda tradicion y á toda autoridad, que constituian su peculiar fisonomía, se convierten en estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas, esclavos del primer charlatan que los explote, y déspotas y verdugos de su familia y de su alma.

Celebro en buen hora los entusiastas adoradores de los *intereses materiales* la riqueza mineral de este suelo, cuyos rios arrastran arenas de oro, cuyas cuencas están preñadas de carbon, y cuyas peñas ocultan ricos filones de cobre, de cinabrio, de hierro, de cobalto, de blenda y calamina. Nosotros, amantes de lo *bello* y de lo *bueno* antes de lo *útil*, preferiríamos que Asturias permaneciese siempre en su primitivo aspecto de país patriarcal, y que su pueblo, feudal por tradicion y naturaleza, conservase sus piadosas creencias y sus antiguas costumbres en el seno de sus aldeas, entregado á la ganadería y á la agricultura, á la caza y á la pesca, viviendo bajo la autoridad paterna del venerable párroco que le asiste, remedia y consuela en sus necesidades y dolores, y á la sombra de los muros de su iglesia, que como madre cariñosa, le llama con la sonora voz de sus campanas para que levante la vista al cielo, que le señala con la cruz que se eleva sobre sus torres.

Sí, tenemos ese mal gusto, y, lo confesamos sin rebozo, nos placen más los pintados mármoles de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbon de nuestras minas; preferimos el blanco crespon de nuestras blanquecinas nieblas al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos mas bellas las cavernas cuajadas de estalactitas de nuestras costas, que los pozos oscuros de nuestras explotaciones industriales; nos satisface más el honrado aspecto de nuestros fornidos labradores, que el demacrado rostro y la mirada torva de nuestros infelices mineros, y

cuando, cruzando por las ásperas veredas de nuestras sier-
ras, descubrimos las arruinadas murallas de un monasterio;
recordamos la piedad, la instruccion, la defensa, el socorro
que nuestros mayores hallaban entre sus muros, é involun-
tariamente se nos vienen á la imaginacion nuestras fábricas,
donde nuestros hermanos encuentran todos los males y mi-
serias que corroen, en una sociedad que ha renegado de su
Dios, el corazon del proletario.

¡Y, sin embargo, aquellos se llamaban *siervos*; éstos son
soberanos, gozan de *derechos ilegislables* y disponen del *su-
fragio universal*!

Pero ya que así lo quiere la Providencia, que pródiga con
estas montañas, no solo abrió en ellas las grutas y cavernas
que fueron templos de la independendia pátria en los anti-
guos días, sinó que escondió previsoramente con la poderosa mano
de los cataclismos prehistóricos bosques enteros bajo los mon-
tes y las rocas que los sepultan, para que cuando corriendo
los tiempos y sucediéndose las generaciones, la industria,
que hace prosperar las nacionalidades, y la guerra, que las
mantiene libres, necesitasen la sustancia que les dá vida, la
encontrasen en estos montes, verdadero santuario de la li-
bertad española; esperemos siquiera que, arrollando esas
teorías funestas y esas prácticas aborrecibles, merced á las
cuales España, desconociendo estas riquezas, hace tributaria
su industria, ¡y hasta su marina de guerra! del carbon ex-
tranjero, constituyendo así á Inglaterra en árbitra de su por-
venir industrial, y hasta de libertad política, proteja por todos
los medios la explotacion de estas cuencas carboníferas, que
compiten en calidad y abundancia con las inglesas, que están
próximas á la mar, que atraviesan dos líneas férreas y que
sólo piden un arancel que las ampare, una marina que las
ayude y un puerto que dé salida á sus productos, para que
España halle en ellas, y por lo tanto dentro de sí, el pan de
su industria; la sangre de sus ferro-carriles y el viento que
conduzca sus escuadras á la victoria.

Dejemos, pues, seguir el inevitable curso del *progreso*, que
sin duda para grandes fines empuja con su mano la Provi-
dencia, y mientras los estadistas lo fomentan y los sacerdo-
tes lo purifican, retirémonos nosotros á llorar al fondo de al-
guna ignorada gruta, como las antiguas divinidades mora-
doras de los bosques, la profanacion de la naturaleza.

V.

Hemos terminado nuestra tarea, esbozando el mal trazado
bosquejo de los agrestes campos asturianos, cuyas soberbias

magnificencias más son para vistas y sentidas que para descritas.

Desconócenlas en parte aún los mismos habitantes de las ciudades asturianas, por la gran dificultad y aspereza de los senderos, que tienen en Asturias vez y lugar de caminos, y que ya trepan por entre riscos y malezas, como se labran en la desnuda pared de los *escobios*, como se internan en la salvaje espesura de los montes; y sólo las disfruta y aprecia el cazador aventurero, sorprendiéndolas en toda la deslumbradora desnudez de sus virginales atractivos.

Así las conocimos nosotros en esas horas desacostumbradas del crepúsculo, en que, sentados en las cumbres de las laderas, nos sorprendió la aurora escuchando el matutino cantar de la perdiz y el penetrante grito con que el gallo de monte saluda desde las copas de las hayas la venida del día; así las contemplamos cuando, al volver de la enriscada espera, nos deteníamos en la tajada cumbre para admirar los rojos celajes de las nubes, las negras proyecciones de las sombras en las montañas y los espléndidos destellos de las nieves de las alturas, heridas por los últimos rayos del sol, que lenta y magistrosamente se sepultaba entre los mares; así las divisamos también en la callada noche, cuando, escondidos entre los juncos que bordan las orillas de los lagos, esperábamos que se abatiesen con estruendo sobre sus aguas, iluminadas por la luna, las bandas de aves acuáticas que, lanzando sus salvajes graznidos al aire, se cernían en revueltos y caprichosos giros sobre nuestras cabezas. ¡Goces supremos desconocidos para los habitantes de las poblaciones, con que generosamente les brinda el paisaje asturiano!

Lo aseguramos sin vacilar. El hombre de fibra que, prefiriendo á las enervantes comodidades de las ciudades los encantos sublimes de la naturaleza, cabalgue sobre un infatigable corcel asturiano, y suspendiendo del arzon de la silla la corta y reforzada carabina, precedido de un enjuto y resistente perro de raza asturiana y acompañado de un guía acostumbrado á las asperezas de estos montes, se entregue al inenarrable placer de recorrerlos, ya para admirar los sorprendentes espectáculos de sus accidentados paisajes, ya para estudiar sus históricas y artísticas ruinas, ya para recoger de lábios del noble pueblo que los habita las tradiciones, leyendas y cantares en que consignó sus creencias, sus sentimientos y costumbres, ya para rendir, en desigual y valerosa lucha, al poderoso rey de aquellas breñas, hallará seguramente incomodidades y privaciones en sus jornadas, tal vez encontrará peligros, habituales compañeros de semejantes excursiones, pero no turbarán su gozo ni el miserable as-

pecto del ratero, ni la faz criminal del *secuestrador*, ni el cobarde rostro del asesino. En los rientes cuadros de la naturaleza contemplará el benéfico influjo de la religion, que dotó de honradez y moralidad á sus moradores; en el torreado alcázar del noble como en la miserable choza del pastor, en la remota *braña* del vaquero como en el caserío del labrador acomodado, encontrará franca, generosa hospitalidad, que nunca se niega en esta tierra hidalga y devota de la Madre de Dios al que, peregrino, la solicita desde los umbrales del hogar con la salutacion tradicional en estas montañas del *Ave María*, y al apearse, de vuelta de su expedicion encantadora, rendirá ardiente tributo de gracias al Señor, que tan hermoso ha hecho el primitivo solar de la monarquía española, y dará solemne testimonio de que, al trazar estas mal pergeñadas líneas, guió nuestra pluma tanto el desinteresado amor á la verdad como el amor al suelo asturiano, que es, para los que en él hallamos nuestra cuna y veneramos en él los huesos de nuestros padres, ya que no la patria toda entera, como el corazon de nuestra patria.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

ÚLTIMA HOJA.

Acuérdate de mí, cuando en el cielo
muere sereno el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerme
la brisa sin rumor.

Acuérdate de mí, que en esas horas
de paz ó inspiracion
de mi penar amargo solo escucho
la querelosa voz.

¡Oh, tú, que sabes cuanto un alma triste
encierra de dolor,
tú que has oído de escondidas penas
que nadie consoló;

tú que sabes por qué nunca reposa
mi inquieto corazon
y que mi estéril vida su esperanza
nunca lograda vió,

acuérdate de mí, cuando en el cielo
veas morir el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerma
la brisa sin rumor.

AMÓS DE ESCALANTE.

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

CONTINUACION.

El aire es un compuesto, ó mejor una mezcla de varios cuerpos gaseosos entre los que ocupan el primer lugar el oxígeno, el ázoe y el carbono.

Esta composición ya sospechada por Mayow en 1667, quedó demostrada experimentalmente por Lavoisier en 1774.

Bousinigault y Dumas, Gay-Lussac y Thénard, Regnault Bunsen y Levy practicaron más tarde experimentos precisos, no solo con objeto de conocer la cantidad exacta de oxígeno y ázoe, sino tambien para determinar las variaciones de estos dos gases analizados en los diferentes puntos del globo. Estos vários experimentos llegaron á fijar de un modo preciso, la verdadera composición del aire atmosférico, constituido por la mezcla de oxígeno y ázoe en proporcion casi definida con una cantidad variable de ácido carbónico y vapor de agua. Existen además cuerpos sólidos suspendidos, de naturaleza orgánica unos, inorgánica otros que, siquiera sean variables en cantidad y aun puedan no existir, no por eso deberán pasar inadvertidos para el médico que en ellos podría encontrar la causa de muchos padecimientos.

Poco variables las cantidades de ázoe y oxígeno y bien conocidos estos dos gases, nada diré sobre ellos y he de pasar desde luego á ocuparme del ácido carbónico cuya mayor ó menor cantidad tan poderosa influencia ejerce en los fenómenos respiratorios.

El ácido carbónico del aire varía de 3 á 6 volúmenes por 10.000 de aquel. Cuando excede de estas cantidades, la atmósfera ha sido viciada por las diferentes causas que concurren á la producción del ácido carbónico. Múltiples y variados son los orígenes del ácido carbónico de la atmósfera. El hombre consume para sus usos unas 130.000.000 toneladas de carbon mineral que por término medio contienen un 75 por 100 de carbono. Con arreglo á este dato 98 millones

de toneladas de carbono darán lugar á 356 millones de toneladas de ácido carbónico y admitiendo que el resto de las combustiones represente 1/5 parte de la cantidad antedicha, veremos que la industria, la navegacion y los demás focos en ignicion, mandan á la atmósfera en el período de un año 427 millones de toneladas de ácido carbónico ó sean unos 216.000 millones de metros cúbicos de dicho gas.

Los volcanes dejan escapar de sus entrañas, verdaderos torrentes de ácido carbónico y otro tanto sucede con las fuentes minerales gaseosas. Segun cálculos de Poggendorff, estas causas producirian una masa de ácido carbónico diez veces mayor que la precedente, es decir, 2.160.000.000.000 de metros cúbicos.

Los fenómenos de putrefaccion y combustiones lentas y la respiracion de los animales son tambien manantiales continuos de ácido carbónico que segun cálculos aproximados producirian unos 62.000.000.000 de metros cúbicos de gas carbónico.

Resumiendo, tendremos que las diversas fuentes de produccion de ácido carbónico mandan cada año á la atmósfera unos 2.438.000.000.000 de metros cúbicos de este gas; que segun Poggendorff representan el 86 por 100 de la masa total de ácido carbónico existente en el aire atmosférico.

Dada esta enorme cantidad de ácido carbónico que anualmente recibe la atmósfera y el consiguiente consumo de oxígeno parece que en poco tiempo su composicion debiera variar hasta el punto de hacerse impropia para el sostenimiento de la vida; pero la naturaleza que no se equivoca en sus procedimientos, que no desea aún que la vida se extinga en la superficie del globo; previsora en este como en todos sus actos, ha creado procedimientos inversos por los cuales una gran parte del ácido carbónico emitido á la atmósfera, se fija para constituir nuevos cuerpos, y de este modo en circulacion perpetúa la materia, afectando siempre nuevas fases, es laboratorio inmenso que recompone en unas partes lo que en otras descompuso, conservando de este modo el equilibrio indispensable á la evolucion de la vida.

Con efecto, al enumerar las causas de produccion de ácido carbónico nos convencimos que una gran parte de ellas han existido desde el principio de los tiempos geológicos; algunas, como las erupciones volcánicas, con mayor intensidad de la que hoy afectan y sin embargo, con arreglo á lo que se sabe de los antiguos terrenos, parece que el ácido carbónico tiende á disminuir más bien que á aumentar.

Consiste esto, fuera de duda, en que sin cesar, aún en nuestros tiempos, se forman en la superficie de los continen-

tes y en las profundidades del mar, depósitos de concreciones calcáreas procedentes de la organizacion de animalillos muy pequeños, que, al abandonar sus despojos, lo hacen en cantidad tan grande, que son bastante en los mares para formar inmensos arrecifes y aún nuevas islas.

Esta asombrosa produccion de carbonato cálcico, solo es comparable á la que tuvo lugar en los tiempos geológicos más remotos, en que se formaron los terrenos cretáceos.

Las plantas, se nutren con el ácido carbónico de la atmósfera; fijando el carbono y devolviendo á aquella el oxígeno, convirtiéndose por lo tanto la nutricion de las plantas, en causa del equilibrio de los componentes químicos que entran en la composicion del aire.

Hemos tratado las cualidades ó condiciones físicas del aire; hemos apreciado sus propiedades químicas en relacion con sus principales componentes, oxígeno, nitrógeno y carbono; debemos ahora estudiar otros cuerpos que sino son constantes, y varían sus proporciones en las diferentes localidades, no por esto dejan de tener gran influjo en la vida de los seres, cuya existencia pueden algunos poner en grave riesgo, como causa de padecimientos serios y mortales á veces. Constituyen estos agentes el tercer grupo de cuerpos que accidentalmente y bajo la influencia de causas determinadas unas veces, desconocidas otras, existen en el aire que nos rodea y nos presta calor y vida.

Ya existan en cantidad pequeña ó grande, ya sean útiles ó nocivos, son tales sus efectos sobre la vegetacion y la salud pública; es tal la influencia que algunos ejercen en la produccion de las endemias y de las epidemias, que no podria el médico prescindir de ellas ni eximirse en tratar el asunto con cierta profundidad.

Pasarémos en silencio el amoníaco, los ácidos nítrico y nítrico, los hidrógenos carbonado y sulfurado, siquiera este último haya sido considerado por algunos como productos de la *malaria*, el ozono, el agua oxigenada, el yodo y las partículas salinas en suspension. Unas son en cantidad mínima; desconocemos la influencia que otras ejercen sobre nuestro organismo, por lo que, su estudio, solo habia de suministrarnos nociones imperfectas y sin utilidad práctica.

Movidos por estas razones, entremos de lleno en el estudio de las materias orgánicas y organizadas, exparcidas en la atmósfera.

Las emanaciones procedentes del hombre y de los seres vivos; las que se desprenden de sustancias animales y vegetales en descomposicion; mandan á la atmósfera amoníaco, ácidos sulfúricos, carburos de hidrógeno y principios orgá-

nicos gaseosos de naturaleza desconocida, á los que se ha atribuido en ocasiones, el desarrollo de miasmas perniciosos en algunas localidades.

Existen además de estos elementos, partículas orgánicas sin forma definida y de organizacion dudosa, dotadas de la propiedad de pudrirse muy fácilmente, convirtiéndose en medios favorables á la generacion y desarrollo de esporos y óbulos, que en cantidad notable, existen siempre en el aire.

Cuando se consideraban las fermentaciones y putrefacciones como producto del movimiento de descomposicion comunicado al medio fermentable por la descomposicion de la materia orgánica del fermento, se dió gran importancia á estas sustancias putriscibles, designadas con el nombre de efluvios ó de miasmas, segun que procedian de la descomposicion vegetal ó de las exhalaciones animales, atribuyéndoles el desarrollo de un gran número de epidemias y endemias.

Los conocimientos que hoy poseemos de las fermentaciones, rechazan este modo de ver y empiezan á establecer sobre sólidas bases el principio de que, en toda fermentacion, ha de existir necesariamente un fermento del orden de los figurados, que al desarrollarse en un medio fermentable, producirá siempre una fermentacion especial.

Háse además establecido que la putrefaccion, no es en último resultado más, que una sucesion de fermentaciones y que un gran número de enfermedades específicas ó parasitarias, reconocen como única causa, gérmenes procedentes del exterior y depositados en la superficie cutánea ó absorbidos con el aire y los alimentos.

Divídense los organismos susceptibles de ser trasportados por el aire, en 4 grupos:

1.º Espórulos ú organismos vegetales, que dan origen á los hongos parasitarios de la piel, de las mucosas y á un gran número de fermentaciones anormales, tales como las enfermedades de los vinos.

Estos espórulos, son verdaderas células que se forman en el *esporange* ó célula madre, parte eminentemente vegetativa del hongo. Estos esporos son los que en las plantas criptógramas representan el grano destinado á la reproduccion de los nuevos individuos. Por su ligereza y por la resistencia que ofrece su membrana á los reactivos, queda asegurada su dispersion y conservacion.

2.º Ovulos ó gérmenes animales que al desarrollarse provocan gran número de descomposiciones pútridas, pululan en las infusiones, se adhieren á la piel y á la mucosa de los animales y viven en sus instentinos y músculos.

Estos óvulos unas veces nos son trasmitidos por el aire

atmosférico, pero son con mucha frecuencia absorvidos con los alimentos y bebidas (1).

3.º Organismos de naturaleza indeterminada, (*palmelas, bacterias, monadas, etc.*) que frecuentemente se encuentran en el seno de los humores en un gran número de enfermedades graves y cuya naturaleza es aun dudosa.

4.º Cuerpo en estado de simples granulaciones términos últimos de la organizacion visible encontrados en el plasma sanguíneo.

II.

Hemos hecho un rápido estudio de la capa de aire que rodea nuestro planeta; hemos estudiado sus elementos químicos y espuesto algunas de las condiciones físicas que más influencia ejercen en ella, máxime si se la considera bajo el punto de vista de sus fenómenos; pero este estudio, ¿qué relación puede tener con los problemas sometidos á la resolución del mundo médico?

La atmósfera hemos dicho es medio, es condicion necesario á la determinacion de los fenómenos de la vida, que sin ella, dejaria de existir, convirtiendo el hoy riente panorama, de la superficie del mundo, en campo de desolacion y muerte, árido y silencioso, sin arroyos que surquen su superficie, sin praderas de matizados colores, sin nubes ni azul de cielo y sin hombre, que eleve alabanzas á Dios tan previsor en sus actos, como justo y sábio en sus determinaciones.

La atmósfera es la vida, ó por lo menos, nos ofrece las condiciones de vida. Solo en su seno puede el animal ejercer su actividad; ella nos presta el calor de nuestra sangre y nos pone en comunicacion con los objetos lejanos; ensancha nuestros pulmones y nos dá oxígeno que consumir, presta vida y elementos al reino vegetal base de nuestra existencia, en una palabra cuanto remueve y se agita, cuanto respira y siente, recibe de la atmósfera la sensibilidad y el movimiento, actos que resumen la nocion de la vida.

Sea esta principio ó resultado; domine á la materia ó sea por aquella dominada, sea causa ó efecto, su existencia está íntimamente ligada á la existencia de la atmósfera. En el vacío

(1) Véanse los números 15, 16 y 17 de LA TERTULIA, 1877.—De las epidemias en sus relaciones con las condiciones higiénicas de los pueblos.

mueren los animales como mueren las plantas, como mueren los sonidos, quedando solo el movimiento, fuerza universal que lo rige y domina todo, que en todas partes existe, lo mismo en los planetas que en los espacios interplanetarios, palpable unas veces, insensible é inapreciable otras, afectando, ya la forma del rayo que hiende el alto cetro, ya la de aurora boreal que cual cortinaje de fuego alumbra el témpano de hielo de mar polar diamantina corona de la tierra, cuyas agudas aristas reflejan sus tibios rayos. Movimiento es la corriente magnética que fija la imantada aguja, norma del derrotero del marino; movimiento la luz que nos alumbra y el acorde que escuchamos; la locomotora que arrastra pesado tren, y el fuego que arde en sus entrañas, y el agua convertida en vapor y el ruido del rodar sobre férrea vía y el maquinista que la gobierna y el pasajero que se deja llevar.

Movimiento es la imagen querida que se dibuja en el fondo de nuestra retina y la fuerza que la trasmite y relaciona con nuestra alma, que la contempla y acaricia. Movimiento es el aroma de la flor y el murmurar del arroyo y el rugir de la tormenta y el estallido del rayo, todo con el movimiento, sin el movimiento nada, y la vida parte del todo una fraccion del movimiento universal.

El movimiento mantiene el equilibrio, determina las órbitas de los astros y armoniza su mágica carrera á través de los espacios infinitos. Suspendido el movimiento, quedaria suspendida la armonía, y el caos sucederia al orden, las tinieblas á la luz, el frio al calor, á la actividad el reposo, á la vida la muerte.

Separados impensadamente de nuestro objeto, en alas del pícaro pensamiento que nos arrastra á consideraciones que álguien pudiera considerar intempestivas, volvamos sobre nuestros pasos, y procuremos establecer la relacion que existe entre los seres orgánicos y la atmósfera que nos circunda y nos penetra. Habíamos dicho que el aire era condicion necesaria de vida, por cuanto sin él la función, base fundamental de las manifestaciones vitales, no podria ejercerse en los seres vivos.

J. J. ZORRILLA.

(Concluirá.)

SONETO.

(Imitación de una anacreóntica griega.)

Cual trocóse del Frigio en la marina
la Tantálida antigua en piedra dura:
cual de Tereo la consorte impura
un tiempo convirtiós en golondrina:

Convirtiérame yó, vírgen divina,
en espejo dó vieras tu hermosura:
trocárame en la rica vestidura
que ciñe tu alba forma peregrina;

Agua quisiera ser para lavarte,
aroma para ungir tu blando lecho,
collar que circundase tu garganta,

ó cinta que ajustases á tu pecho:
sandália quiero ser para calzarte
porque me huelle así tu leve planta.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

LO PASADO.

Cuán cierto es que el valor de las cosas se aprecia, siente y conoce cuando se han perdido, después que se han borrado de la lista de lo presente al desvanecerse en la vida de lo pasado como ligera estela que desaparece cuando se juntan de nuevo en estrecho abrazo las cortadas olas.

Cuando no existen, es entonces el momento en que el espíritu conoce, la razón piensa, el alma siente, y solo el dulce recuerdo se presenta como tranquilo bálsamo que refresca las dolorosas heridas que se experimentaron en el combate de la vida.

Arrebata la muerte con su descarnado brazo como flor arrancada por el huracán, al padre del alma, no se siente ya el cariñoso cuidado de la mujer que nos dió la existencia, el suave aliento de su amor no perfuma el solitario hogar, y entonces, al asomar á los secos ojos la consoladora lágrima es cuando se nota su falta, y el corazón la llama y la vista la busca y la boca exhala como un quejido su amante nombre, y solo el recuerdo queda como último refugio para adorar á la que ya no es sino una idea de cariño en la mente y un poco de polvo en la tierra.

Y con cuánta fuerza el hombre se aferra como por misterioso instinto á lo pasado: él es, la verdadera tabla en los naufragios de la existencia: volver la vista atrás y encontrar la historia toda de tantos días, con los dolores que fueron y las alegrías sucedidas, es un consuelo y grande que solo se aprecia en lo que vale en los momentos de infinita angustia.

Felices los pueblos que no tienen historia, ha sido una frase que en el mundo de la ciencia ha hallado ecos desde que arbitrariamente salió de los labios de algún ilustre pensador. ¡Ah! y si esto pudiera ser cierto en los individuos, si la vida de los hombres estuviera condenada á no tener tradiciones cómo había de ser, eterna noche, mar procelosa, umbría selva, desconsolador páramo.

Cualquiera que haya sentido grande ansiedad, dolor profundo, pena inmensa, cuán cierto es, que ha vuelto con cariño la vista hácia lo que fué, y al ver el horizonte de lo que es

tá por venir rodeado de negros crespones, de espantosas nubes, parece como que en lo pasado encuentra, no extinguida luz que le ilumina, fuego no apagado que le reanima, voz no perdida aun que le consuela, y á ellas se aferra reconstituyendo de este modo rientes esperanzas que le den fuerza para seguir adelante su camino.

Abandona el pobre viajero, la playa que fué escenario donde pasaron los primeros días de su vida, las sombras de la tarde bañan con su mortecina luz, las últimas cortadas costas que ciñen su tierra nativa, y aun no separa la vista de ellas y anhelante el pecho, palpitando el corazón con fuerza como el que teme se le arrebate preciada presa, dilatada la pupila para más ver, todavía vislumbra, la silueta de inmóvil figura que fija los ojos en el débil leño que lleva mar adentro un pedazo de su alma, y aun ya perdida toda vision, al caer sobre la tabla el cuerpo rendido por el peso del dolor, todavía la mente adivina, y vive de lo pasado y envía el corazón entero en el último inmenso beso de despedida.

Pierde el jóven la ilusion que acariciaba su alma como el primer beso del día acaricia el cáliz de la dormida flor y aun teniendo que ceder á la triste realidad, todavía el pasado le consuela, y el sitio en que se presentó á sus ojos en el primer momento de la naciente pasion, la hoja afiligranada en que grabó cariñosa letra el sér á quien tanto quiso y que talisman preciado vivió siempre sobre el corazón, le dan fuerzas, vida, aliento, y parece como que en su mudo lenguaje le dicen *«Confía, espera; pasa el día de tristezas lleno, y la aurora del nuevo llena de luz la tierra, ¿quién sabe pobre alma herida si para tí todavía brillará un nuevo rayo de amor?»* y el sér vive, sino feliz, al menos con esperanza, fija la vista en el horizonte aguardando el ansiado momento en que se filtre por el cielo de su existencia el hilo de sol presentido por su alma.

Borrad lo pasado y al echar sobre la historia el negro borron de la ingratitud, habreis destruido casi todo lo grande de que hoy se envanece nuestro siglo.

En lo que fué está el depósito del cariño atesorado, de las glorias sucedidas, de las tradiciones venerandas. Al dirigir la vista á lo pasado se encuentran fuerzas desconocidas pero grandes, que fortifican la fè vacilante, la esperanza decaida, el espíritu abatido se presentan al considerarle; no aterradores fantasmas hijos de calenturienta imaginacion que intimidan el ánimo, sino por el contrario dulces figuras, suaves como el rocío de la mañana, brillantes como el puro rayo del sol en primavera, que nos alientan con su soplo de amor; genios tutelares que nunca nos abandonan, ángeles custodios

de las pasadas generaciones, que despues de acompañar en el terrenal camino á los que fueron, todavía velan sobre su yerto corazon, para cuidar por los que sin fé en el mundo vuelvan los ojos desconsolados á lo que ya pasó.

Desgraciados los pueblos y los hombres que tratan de destruir lo pasado. ¡Temerarios! solo consiguen con sus inútiles esfuerzos lo que ellos más ódian; revestirlos de nuevas galas, porque junto á las informes ruinas de lo pasado, nace la flor de la poesía que embellece y canta sus glorias.

Podreis, innovadores y reformistas, destruir el templo en que vuestros padres adoraron á Dios, en que fuisteis convertidos más que en hombres y sábios en cristianos; abatireis el fuerte roble que desafió tantas tempestades de la vida, hundireis en el polvo de la nada con el destructor empuje de vuestra demoledora piqueta, el castillo que os dió amparo, el convento que nutrió vuestra alma con la sávia de lo divino, pero sobre sus ruinas vendrá la Historia con su manto, protegiendo como matrona severa que se impone con su respeto la idea de lo pasado que nunca podreis borrar. Solo habreis sujetado la mano que en el cuadrante del tiempo marca los instantes de la vida, creyendo en vuestra loca temeridad, que el soplo de vuestro atrevido pensamiento, es capaz de derrivar el grandioso edificio de las pasadas pero nunca imperecederas glorias.

MANUEL MARAÑÓN.

Guarnizo.—Julio 1877.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

(CONTINUACION.)

VI.

En el pórtico de la gran casa donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba con sus piés enlodados el piso del vestíbulo, le rompería el espinazo. Ante esta incontestable razón, Migajas se retiró con el alma destrozada, lleno el corazón de un rabioso anhelo de venganza.

Su ardiente temperamento le impulsaba á seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Era un alma á propósito para las grandes y dramáticas aventuras. Así es que se concertó con los que iban á recojer la basura á la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingenio y un corazón como un templo. Migajas se introdujo en el palacio.

¡Cómo le palpitaba el corazón cuando subía y penetraba en la cocina! La idea de estar tan cerca de *ella* le confundía de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningún modo podía saciar aquella ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver á la hermosa dama. Pacorrito sentía lejanos chillidos de niños juguetones; pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecía.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, se burlaban de él, mas uno de ellos que era algo compasivo le daba golosinas. Una mañana en que hacía mucho frío, el cocinero, ya fuese por lástima ya por maldad, le dió á beber de un vino áspero y muy picon. Pacorrito sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que le subía á la cabeza. Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caían con

abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluyendo de su boca como un arroyo sin fin, y Pacorríto reía y se agarraba con ambas manos á la pared para no caer.

Un puntapié vigoroso, sacudiéndole todo, modificó un tanto la risa, y con la mano en la parte dolorida Pacorríto salió de la cocina. Su cabeza seguía trastornada. El no sabía á dónde se dirigían sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo, pisó frios ladrillos, y despues un suave entarimado, y luego tibias alfombras.

De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que yacía sobre el suelo. Migajas exhaló un rugido de dolor y cayó de rodillas.

Allí, arrojada en el suelo, con los vestidos rasgados y en desórden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreñado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partía el corazón!

Pacorríto, durante un rato, no pudo articular una palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazón aquel frío cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenía abiertos los ojos y miraba con dulce expresion de pena á su interesante adorador. A pesar de sus horribles heridas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivía. Pacorríto lo conoció en la luz singular de sus ojos azules que despedían llamaradas de amor y agradecimiento.

—Señora, ¿quién os trajo á tan triste estado?—exclamó Migajas en tono patético, que demostraba la angustia de su alma.

Pero luego al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorríto pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio.

Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos á la gentil dama y echó á correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió á la calle con tanta velocidad, que no se podía decir que corría, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible.

Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante lejos y bastante solo, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII.

Vino la noche, y Pacorríto vió con placer las dulces sombras que envolvían el atrevido rapto, protegiendo sus hones-

tos amores. Examinando atentamente las heridas del descalabrado cuerpo de su adorada, observó que no eran de gravedad. El vestido estaba echo girones y parte de la cabellera se habia quedado en el camino durante la veloz corrida.

Entonces Pacorrito sintió una pena profunda, considerando que carecia de fondos para hacer frente á situacion tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habian vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solia tener el dinero y no halló nada. No hacia más que suspirar.

—Ahora—dijo,—ahora serian precisos una casa, una cama, médico, un buen cirujano, una modista, mucha comida, un buen fuego... y nada tengo.

Pero como estaba tan fatigado, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de su dama y se durmió como un ángel.

Entonces la señora se reanimó, y levantándose mostró á Pacorrito su semblante alegre, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio lo mismo que estaba en la tienda, su cabellera rizada y llena de seductores perfumes, su sombrero coqueton adornado con diminutas flores, en fin, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció Migajas en el escaparate.

¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose de rodillas y adoró á la señora como á una divinidad. Entonces ella tomó la mano al granuja, y con voz entera y más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:

—Pacorrito, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el grande amor que te tengo. Has sido constante, leal, generoso y heróico porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me esclavizaban. Mereces mi corazon y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior á mí porque estás vestido de harapos.

Pacorrito observó la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestia, y lleno de pena, exclamó:

—Señora, ¿á dónde he de ir yo con esta facha?

La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano á Pacorrito, lo llevó por una region de sombras.

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuará.)

LA CORCONERA.

LÍNEA DE VAPORES

ENTRE

SANTANDER Y EL ASTILLERO DE GUARNIZO.

HORAS DE SERVICIO.

Salidas de Santander.

Mañana,

- 7 viaje extraordinario.
- 8 — ordinario.
- 9 — extraordinario.
- 10 — ordinario.
- 12 — extraordinario.

Tarde.

- 2 viaje ordinario.
- 3 — extraordinario.
- 5 — ordinario.
- 6 — extraordinario.
- 7 — ordinario.
- 8 — extraordinario.

Salidas del Astillero.

Mañana.

- 7 viaje ordinario.
- 8 — extraordinario.
- 9 — ordinario.
- 10 — extraordinario.
- 12 — ordinario.

Tarde.

- 2 viaje extraordinario.
- 3 — ordinario.
- 5 — extraordinario.
- 6 — ordinario.
- 7 — extraordinario.
- 8 — ordinario.

Precios de pasaje.

Primera clase. 2 reales.

Segunda 1 —

La persona que tome billetes de abono obtendrá 25 por 100 de rebaja sobre los precios anteriores.

La Empresa se encarga del transporte de toda clase de efectos á precios convencionales.

Los encargos manuales se llevarán á domicilio á precios convencionales siempre que deban ser conducidos dentro del casco de la población.

La Empresa no se hace responsable del contenido de los bultos que deberán tener la direccion del receptor.

El flete se pagará adelantado.

A la mayor brevedad se organizará un servicio á San Salvador, en combinacion con los coches de Solares, La Cavada y Liérganes.

Los viajes extraordinarios podrán suprimirse á voluntad de la Empresa.

NOTA. — Los pasajeros tienen derecho á exigir el billete cuando pagan el importe del pasaje y se esponen á pagarle segunda vez si no van en posesion de aquel documento.

REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Se publica en Santander los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 32 páginas, al precio de 12 reales trimestre.

Se suscribe en su Administración, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º, y en las principales librerías de Asturias.



(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.º de más de 400 páginas, y se halla de venta en la Administración de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA al precio de 5 pesetas.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Forma un tomo en 4.º de 768 páginas, y se halla de venta al precio de 12 pesetas en la Administración de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.